

El otoño

Amanece un día de fiesta y la casa está en silencio. Mi familia duerme. Afuera suenan las campanas de los Salesianos. Por la calle Santa Marta hace mucho que un coche no ha roto el rítmico sonido que producen mis dedos sobre las teclas del ordenador. Mientras escribo esta página, llueve. El agua rebota contra la montera del patio o cae sobre las plantas que mi mujer cuida con primoroso esmero. Si llueve un poco más –pienso-, pronto empezarán a correr los arroyos y yo podré pasear por sus riberas y sentarme en un peñasco a ver cómo se refleja la arboleda sobre la brillante lámina de alguna charca.

El mundo sigue rodando con sus guerras, sus escándalos, sus humeantes fábricas, sus autopistas y su ruido. Mucha gente sufre, otros muchos se morirán hoy, pero aquí, mientras escribo esto, sólo hay silencio y llueve. Yo soy un ser del otoño, como las setas, como la hierba. Me gustan su orden y sus obligaciones, las charlas alrededor de una mesa camilla, la agradable sensación de cobijo que da el hogar y el tiempo que uno guarda para sí. Si tuviera que irme de este pueblo huyendo del dolor o de mi conciencia, me exiliaba a noviembre.

El campo ya está verde, pero es necesario que el agua siga cayendo para que la tierra recupere su esponjosidad y tomen brío los maneros. Del cielo caen hilos de prosperidad y de vida. Este mediodía saldremos con nuestros paraguas abiertos y en algún bar de la avenida tomaremos una cerveza y seremos felices hablando de cualquier cosa con los amigos. ¡Quién sabe!, quizá en mitad de la charla algo me recuerde que esta noche me ha despertado el chapoteo de la lluvia y he pensado en mi inmensa fortuna y en los que deben vivir a la intemperie. Será un momento. Luego, seguiré tomando cañas, naturalmente.

Juan Bosco Castilla